

Adam Slater

LA  
PENUMBRA

1. PERSEGUIDO

Traducción del inglés  
Noemí Risco Mateo

 NOCTURNA  
EDICIONES

Madrid, 2012

La edición original inglesa de esta obra se publicó en 2011  
con el título *The Shadowing: Hunted* en la editorial Egmont UK Limited,  
239 Kensington High Street, London W8 6SA

© de la obra: Hothouse Fiction, 2011  
www.hothousefiction.com  
*Todos los derechos reservados*

© de la traducción: Noemí Risco Mateo, 2012

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.  
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid  
info@nocturnaediciones.com  
www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna Ediciones: febrero de 2012

Corrección externa: Juana Salabert  
Preimpresión: PARIMPAR, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*  
Ino Reproducciones, S.A.

Código BIC: YFD  
ISBN: 978-84-939200-6-7  
Depósito Legal:

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet— y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

*Con agradecimientos especiales a Elizabeth Wein*

## Prólogo

La lluvia perfora la superficie del negro canal. Está demasiado oscuro para ver bien, pero la chica lo oye. Delante de ella, la estrecha acera está casi bloqueada por la basura volcada sobre el terraplén de la autopista. La chica se detiene. Está esperando a alguien.

No es un buen sitio.

En el fondo, lo sabe. No quiere estar ahí. Los nervios le dicen que corra en la otra dirección. Observa detenidamente en la penumbra, alza la vista hacia las oscuras ventanas de los almacenes, la baja hacia las alcantarillas y, después, mira por encima del hombro. Siente un escozor en las manos, como si estuvieran ardiendo. No puede evitar tener la sensación de que algo o alguien la está observando.

Pero se queda esperando de todas maneras.

*Siempre tiene hambre.*

*No deja de adoptar formas y cada cuerpo en el que se mete está igual de hambriento que el anterior.*

*Se agacha sobre los resbaladizos adoquines del negro canal. Bajo el tenue resplandor de la luces de la autopista, distingue a la presa que ha*

*buscado durante los últimos tres días. Salta desde el deslizante tejado hacia la calle mojada sin hacer ruido.*

La lluvia no cesa. Se oye un trueno más fuerte que el susurro del tráfico invisible que circula por arriba. A la chica le da un escalofrío. El agua se le cuele por la nuca. Se sube el cuello de la chaqueta y vuelve a mirar tras ella. No hay nada. Espera con los hombros encorvados y los ojos muy abiertos mientras se esfuerza por ver en la oscuridad.

Da un respingo cuando, por la acera, la figura silenciosa se acerca a ella. Por un momento, el instinto le dice que eche a correr. Pero entonces ve el rostro. Emite un grito de alegría y alivio.

—¡Has tardado mucho! ¡Menudo sitio para quedar!

Extiende las manos mientras camina hacia delante. Es una cara que le encanta, una cara que ha echado de menos. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Más de un año. Pero ahora está aquí. Él sabrá qué hacer.

Al acercarse, el chico le devuelve el saludo. Están tan cerca que casi se tocan antes de que pueda verlo bien bajo la tenue luz. Y entonces, en un instante de confusión, se da cuenta de que algo va mal. Reconoce aquel rostro, pero no los ojos. No le resulta familiar la forma salvaje en que tuerce la boca ni las manos que se convierten en negras garras al intentar tocarla. No conoce a la criatura que lleva la cara de su amigo.

Pero sí sabe que ha ido a arrebatarse la vida.

Aquella revelación es como una sacudida de pura electricidad, que la impresiona tanto que no puede pensar claramente. Su cerebro

le dice que eche a correr, pero su cuerpo no puede moverse. Cuando abre la boca para gritar, no sale ningún sonido. Al final, consigue retroceder un paso.

Pero ya es demasiado tarde.

*El Cazador mira a su presa caída. La caza es menos satisfactoria cuando el premio se gana con tanta facilidad.*

*Se da la vuelta y se marcha con la forma que ha tomado. Todavía tiene hambre.*

La chica yace junto al canal con la cara hacia arriba, como si mirara las estrellas, pero no volverá a verlas jamás. Le han sacado los ojos. La lluvia llena las cuencas vacías hasta que rebosan y derraman lágrimas sangrientas por sus frías y pálidas mejillas.

## Capítulo 1

Callum Scott tenía frío y el ánimo por los suelos. Estaba sentado, abrazado a su bolsa de *rugby*, mientras esperaba el tren, intentando ignorar al fantasma que se hallaba a su lado en el andén vacío de la estación.

La figura pálida no le sorprendió. Callum siempre había visto fantasmas, pero últimamente parecía que estaban por todas partes.

Agarró la bolsa con más fuerza. El fantasma no le veía —nunca podían verle—, pero aun así le parecía de mala educación quedárselo mirando. De todos modos, le costaba apartar la vista de la horrible figura.

Era un hombre con un cuerpo gris y frágil, como si lo hubieran dibujado con tiza en el aire vacío. Llevaba puesto un uniforme del ejército que parecía tan viejo como la propia estación victoriana, medio abandonada, pero la chaqueta estaba hecha jirones, deshilachada y llena de manchas oscuras. A través de un agujero enorme, Callum podía ver el húmedo brillo del músculo y la piel desgarrada, y el blanco reflejo del hueso al descubierto. Debajo de la chaqueta, las piernas del soldado terminaban en unos muñones irregulares, justo por encima de la rodilla.

Callum se estremeció. ¿Cómo las habría perdido? ¿En una de las guerras? ¿Al caer debajo de un tren? ¿Sería eso lo que le mató? ¿Habría muerto allí mismo?

Aquellos oscuros pensamientos siempre parecían llenar la mente de Callum cuando los espíritus estaban cerca de él, pero esa noche ya se encontraba bastante bajo de moral sin verlos. Había perdido el tren a casa después de un partido y ahora le tocaba esperar mucho rato pasando frío. Callum se estremeció cuando el viento silbó y gimió a su alrededor. Deseó que el tiempo pasara más rápido.

Por fin oyó que llegaba el Sprinter, con sus luces brillantes y un estruendo. Por un instante, la mirada del fantasma pareció encontrarse con la de Callum; luego desapareció como una vela que se apaga.

El tren estaba abarrotado de gente cansada y malhumorada que volvía a casa del trabajo. Pero aunque tuvo que hacerse sitio entre codos y bolsas de la compra, Callum se alegraba de la compañía humana. Ya se le estaba haciendo un nudo en el estómago al pensar en el largo y solitario trayecto colina abajo, desde la estación de Marlock hasta la casa de su abuela. Callum le tenía especial pavor al tramo de bosque junto a la iglesia de piedra en ruinas de Marlock Bajo. Los muertos siempre parecían reunirse ahí.

Cuando el tren llegó a su parada, Callum se obligó a bajar por la colina, por la urbanización que había en los límites del pueblo. Estaba oscureciendo y el viento parecía susurrar una advertencia de otro mundo. Las farolas ya estaban encendidas y su fulgor amarillo verdoso proyectaba oscuras sombras en las entradas de coches. Pero nunca

había fantasmas en los cuidados jardines delanteros de aquellas casas. La urbanización era demasiado nueva para tenerlos. Bueno, salvo una casa, a mitad de camino, habitada por la niña a la que atropelló la furgoneta de correos; pero podía evitarla si seguía avanzando por la otra acera.

Callum caminaba con dificultad, de farola en farola, atraído por los focos de luz. Andaba despacio, retrasando el momento en que la fila de luces terminara y le dejara solo en la oscuridad del bosque de Marlock.

Más allá de la urbanización, la carretera continuaba hasta estrecharse y convertirse en un sendero que desaparecía en la negrura bajo los árboles. Los coches apenas utilizaban aquel tramo de carretera que cruzaba el bosque, y Callum maldijo entre dientes cuando se percató de que su linterna seguía colgada tras la puerta de su habitación. Normalmente, la llevaba cuando sabía que iba a volver caminando a casa de noche; aunque desde luego no había esperado llegar tan tarde...

Miró ansioso por encima del hombro hacia la calle bien iluminada que tenía a sus espaldas. Un coche salió de una casa y tomó la carretera a Marlock con las luces traseras encendidas.

«¡Acaba de una vez!», masculló Callum para sus adentros. Apretó los dientes y siguió avanzando.

Era como adentrarse en otro mundo. Bajo los árboles, la noche se abalanzaba sobre él. Volvió a mirar atrás. La carretera estaba ahora vacía. Avanzó hacia la penumbra, salió del pavimento y se metió en el viejo camino de asfalto destrozado.

La tercera vez que miró por encima del hombro, maldijo en voz alta.

—¡Por Dios, basta!

No había fantasmas allí. Lo sabía. Pero cada hueso de su cuerpo le decía que había algo. Algo más.

Callum sabía que no podía dudar de su instinto. No sabía por qué, pero nunca se equivocaba. A veces era como si tuviese un sexto sentido que le advertía cuando había problemas o estaba en peligro. Lo llamaba su Suerte. Continuó caminando rápido, temblando. Ahora no veía nada, ni en la estrecha carretera delante de él ni en las negras profundidades del bosque que se extendía a cada lado. Pero no estaba solo en aquel viejo sendero, de eso estaba seguro. Algo le estaba observando en algún lugar entre la oscuridad. No sabía si era bueno o malo, pero ahí estaba.

A lo lejos, se oyó un largo aullido lastimero que se convirtió en un profundo ruido gutural y luego se debilitó hasta trocarse en un gemido grave.

Callum se quedó helado. ¿Qué diablos era aquello? Tenía que ser un perro. Los fantasmas nunca hacían ruidos y aquel sonido se elevaba hasta las oscuras copas de los árboles como una intensa campanada. Sacudió la cabeza y se puso en marcha de nuevo, acelerando el paso. La casa de su abuela estaba a tan sólo un kilómetro y medio. A quince minutos. Menos, a la velocidad que iba. Pero antes debía pasar por el sendero lleno de maleza que llevaba a la iglesia de Marlock Bajo.

Esa siempre era la peor parte del camino. El sendero obraba como un imán para los fantasmas. Cada vez que Callum pasaba,

estaban allí, flotando de manera inquietante; feligreses muertos hacía tiempo, que se dirigían a orar como lo habían hecho cien o cuatrocientos años atrás, quizá más. Siempre había una figura con una larga capa negra junto a la bocacalle, como esperando a alguien. Callum nunca había sido capaz de distinguir si era un hombre o una mujer, porque estuviera donde estuviera, la siniestra figura siempre le daba la espalda.

El aullido espeluznante sonó de nuevo, esta vez más cerca.

Callum contempló los árboles con los ojos desorbitados, pero no logró averiguar de dónde procedía el sonido. Parecía enroscarse en torno a él como la espesa neblina que le presionaba como una manta. Cuando el ruido cesó, dobló la velocidad. Caminó con la cabeza gacha, rápido, casi al trote. No era buena idea huir corriendo de un animal, ¿verdad? Fuera lo que fuese lo que hacía tal ruido, no quería tentarlo para que le persiguiera.

Por fin se estaba acercando al sendero de la iglesia. Ahora se hallaba entre la espada y la pared. Entre un terror conocido y otro desconocido. Callum respiró hondo y alzó la vista.

El sendero estaba vacío.

Las piernas le temblaron. Nunca, nunca había pasado por allí, ni siquiera a la luz del día, sin ver una señal de los muertos. Los fantasmas siempre habían sido inquietantes, pero su extraña y repentina ausencia era peor. No había ninguna razón ni explicación. A menos que... A menos que a los fantasmas los hubiera espantado algo.

Callum tragó saliva; tenía la garganta seca. No quería pensar en cuál podría ser la causa.

Delante, entre los árboles, tan sólo veía un minúsculo haz de luz. Su casa. Él y su abuela vivían en la única residencia habitada de entre una fila de casas en ruinas de protección oficial, lo único que quedaba del pueblo de Marlock Bajo. Todo lo demás, la iglesia, el viejo molino y las otras viviendas, hacía mucho tiempo que lo habían abandonado.

Callum clavó los ojos en la cálida y acogedora luz procedente de la casa.

—Vamos, ya no queda mucho —se animó.

Como en respuesta, un viento frío se levantó del suelo y se aferró a sus piernas con dedos helados. La madera estaba extrañamente tranquila. Nada interrumpía el perfecto silencio, excepto por los crujidos que emitían sus pasos. Y aun así, Callum percibía unas pisadas detrás de él. Unas pisadas suaves que se acercaban y que cada vez estaban más próximas...

Se dio la vuelta.

Por un instante, pensó que había visto algo, un reflejo rojo en la oscuridad. Pero, fuera lo que fuese, desapareció tan rápido que Callum no estuvo seguro de si había estado allí realmente.

Cada centímetro de su ser le gritaba que corriera, pero su cuerpo parecía incapaz de obedecer. Despacio, Callum retrocedió con los ojos muy abiertos. Notó cómo el vello de la nuca se le erizaba. Su Suerte tenía razón: había algo allí, entre las sombras.

Retrocedió muy despacio por la carretera. Estaba empapado en sudor, como si hubiera corrido una maratón en vez de caminar un par de kilómetros, pero estaba helado. Casi gritó cuando notó que

sus piernas se topaban con algo, antes de comprender que tan sólo se trataba del muro bajo de ladrillos que rodeaba el jardín de su casa. Lo había conseguido. Casi.

Con la vista clavada delante de él, siguió retrocediendo con dificultad, pasó por encima del muro y subió por el camino del jardín. La luz del pequeño porche estaba encendida y brillaba como un faro. Tiró del pasador hacia arriba, pero —¡demonios!— la puerta estaba cerrada.

Se quitó la mochila y buscó la llave en el bolsillo exterior. Tenía los dedos entumecidos. ¿Por qué hacía tanto frío? Sin quitar los ojos de la carretera, deslizó en la cerradura la pesada llave antigua y la giró con brusquedad.

La cerradura estaba atascada.

Le pasaba a menudo. El mecanismo era viejo y estaba duro. Normalmente no importaba, pero esa noche Callum sabía que cada instante que pasaba fuera de la casa le volvía vulnerable. Maldijo para sus adentros y dio la espalda durante una fracción de segundo a la carretera para mover la llave en la cerradura. Con un chasquido, oyó cómo giraba. Al empujar la puerta, volvió a mirar por encima de su hombro... y se le cortó la respiración.

Justo al otro lado de la vieja cerca, donde la negrura intensa se mezclaba con la oscuridad de la carretera, vio la figura indefinida de un animal. No sabía exactamente lo que era, pero era enorme.

Aunque no eran sólo las dimensiones de la criatura lo que le dejaba sin aliento, ni el brillo rojo de sus ojos, que flotaba en la penumbra. Eran las oleadas de aire helado que parecían emanar de él, tan frías que

amenazaban con pararle el corazón. A Callum no le hacía falta una vida llena de experiencias con fantasmas para saber que la criatura no era de este mundo.

Durante un buen rato, se quedó mirando al espectro. ¿Qué era? ¿Y por qué le estaba siguiendo? Entonces su abuela le llamó por la estrecha rendija de la puerta:

—¿Callum? ¿Eres tú?

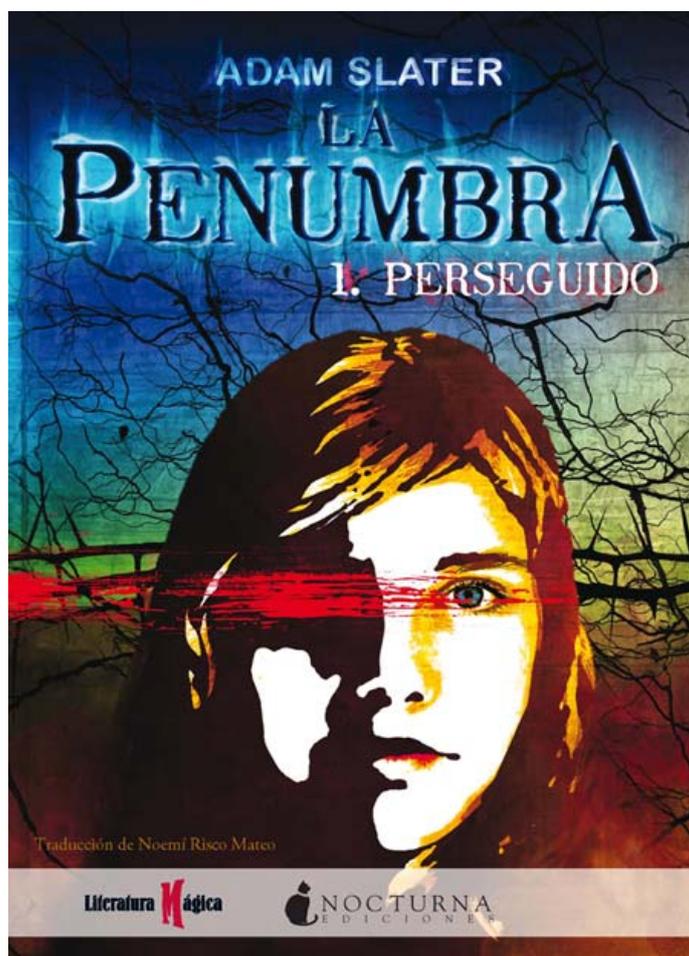
Se volvió un instante para mirar hacia el interior. Cuando se giró de nuevo, la oscura figura en la valla se había ido.

**SIGUE LEYENDO**

A la venta: **27-2-2012**

## **PERSEGUIDO**

**Adam Slater**



**ISBN: 978-84-939200-6-7. PVP: 14 €**

 **NOCTURNA**  
E D I C I O N E S

Distribución: UDL Libros ([www.udllibros.com](http://www.udllibros.com))  
Ámbito nacional (España)